PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Mayo de 1920. Núm. XXIII.—Año III.

Tres mil siglos de modas femeninas

(Continuación)

Conferencia con proyecciones luminosas, leída en la Sociedad «Entre Nous», el 22 de junio de 1918

Trajes ceñidos que amorosamente modelan cuerpos esculturales, escotes sobre los que caen implacable e infructuosamente los anatemas de Obispos y Papas, pesadas trenzas natural o artificialmente rubias, lisos peinados en "bandeaux", enmarcan armoniosamente las interesantes fisonomías de las contemporáneas de Botticelli y Ghirlandajo.

El lujo llega a adquirir tales proporciones que concluye por ser considerado como un peligro público, por constituir la pesadilla de una sociedad corrompida pero supersticiosa. Explícase así ese singular fenómeno de sugestión colectiva, provocado por Fray Jerónimo Savonarola, que quema en las plazas públicas de Florencia enormes montones de ricos vestidos, alhajas preciosas, cuadros y estatuas de insignes maestros; locura fugaz, que dió con Savonarola en la hoguera, triunfando una vez más la belleza sobre la razón.

¿Quieren ustedes saber cómo de extremo a extremo de Europa se transmitían las novedades de la moda? En los centros de cultura, Florencia, París, Génova, Venecia, donde las elegantes se daban cita, se copiaban sus trajes, no ya en grabados de actitudes artificiosas y a menudo imaginarias, como las ondulantes e invertebradas mujeres de "Fémina" o de "Vogue", sino en muñecas primorosamente vestidas en las que los menores detalles del traje, del tocado, del calzado, eran reproducidos con fidelidad miniaturesca.

Estas muñecas, figurines modelos, iban de corte en corte y no pocas veces un embajador llevaba en sus balijas junto a sus alegatos y matuterías, algunas de aquéllas, como eficaces medios de congraciarse voluntades, adueñándose de la colaboración de un par de hermosos ojos, no pocas veces más útiles en contiendas diplomáticas que el más razonado, aunque soporífero, memorándum.

Aún hoy pueden verse en algunos museos de Europa, ejemplares de estos figurines, perfectas reproducciones de la indumentaria femenina de la época.

Pero en medio de estas modas que tanta libertad dejaban a los movimientos y a las formas, dos enemigos asoman: la gola y el corsé.

La primera, que tanto desarrollo tomará en Francia mientras dure la influencia política de la sombría Catalina de Médicis, es al principio un encaje almidonado que subraya la esbeltez del cuello; pero no tarda en crecer para terminar dando a las cabezas la curiosa apariencia del decapitado parlante.

El otro es el corsé; el corsé ante cuya inexpugnabilidad Troya y Verdun son unas bicocas; el corsé, contra el que han tronado los moralistas, los médicos, los artistas, los Papas, en nombre de la Moral, de la Higiene, del Arte, de la Religión!

Pero el corsé resistió impávidamente a tan furiosas arremetidas y lo que es más, triunfó . eso sí, haciendo concesiones.

¡Cuán lejos estamos hoy del corsé primitivo! Recuerdo haber visto en el Museo Cluny, en París, unos corsés corazas hechos con correas de cuero y hierros como duelas, corsés rígidos que no daban más que un escape — libertad que aprovechaban sus poseedoras para lucir los audaces escotes de la corte de Luis XIV.

¡Qué diferencia con el actual, liviano, elástico, hecho con suaves ballenas y más suaves tejidos, oculta su armadura por los encajes y las cintas!

¿En realidad merece el corsé vituperio o alabanza? In medio veritas.

El corsé coraza, el corsé cárcel que encierra en rígidas barreras la expansión natural y los movimientos, es una herejía que el buen sentido condena.

En cambio, un corsé que reuna condiciones de flexibilidad, de elasticidad, de línea, que lo hagan adaptable al libre juego de los órganos que contiene, debe ser estudiado con atención y no desechado sin examen.

Si en la edad adulta puede aceptarse el corsé, debe desterrársele en la niñez y la adolescencia

Para esa edad ingrata en que del capullo surgirá la flor exhuberante de vida y de belleza, no es el corsé lo que se necesita, sino la gimnasia racional, la vida al aire libre, la calma del espíritu y la actividad del cuerpo, pocas novelitas de Invernizzio o peores, ninguna película de la Bertini y en cambio mucho tennis, bicicleta y esa excelente gimnasia pulmonar que el canto proporciona, inmejorable ocasión de ventilar el pulmón y el cerebro. ¿No dice acaso el cantar andaluz, que quien canta su pena espanta?

La gola y el corsé en razonables límites podían aceptarse; pero he aquí que a la misma época corresponde el poco envidiable galardón de dar nacimiento a la más irracional, a la más ilógica, a la más ridícula de las invenciones: el futuro miriñaque, bautizado por los españoles: guarda-infante y por los franceses: vertugadin; deformación lingüística de: vertu gardien.

Curiosa y a la vez gráfica etimología. ¡Qué mejor guarda virtudes que esa barrera de juncos, mimbres, hierros y telas!

Sin embargo, el guarda infante prestó a veces servicios inesperados. La terrible noche de San Bartolomé, mientras Carlos IX aguzaba su puntería con los infelices hugonotes que corrían bajo las ventanas del Louvre, una turba de caballeros que ya había asesinado al almirante Coligny, masacraba a cuanto noble protestante había aceptado en palacio una mentida hospitalidad. Enrique de Bearn, en plena luna de miel, era una de las víctimas señaladas. Los asesinos golpeaban furiosamente a su puerta y problemática era la salvación del gallardo y enamorado príncipe, cuando su mujer, la juguetona y erudita Margarita de Valois, le ocultó rápida y hábilmente bajo su enorme miriñaque. Rota la puerta, penetraron los sicarios hurgando a punta de estoque muebles y colgaduras, mientras socarronamente Margarita los despedía con una frase digna de la inspiradora del Heptameron: *L'oiseau que vous cherchez s'est envolé du nid.* Audaz y piadosa mentira que conservó para la Francia y para la Historia al gran monarca que fué Enrique IV.

Llegamos ahora a una época típica el gran Siglo, el Siglo del Rey Sol, Luis XIV.

La moda adquiere entonces caracteres de fondo que la hacen algo bizantina.

Más que la gracia predomina la majestad: las telas son pesadas, los adornos cargados, el oro cubre todo; los adornos, las alhajas, contribuyen a dar un sello de magnificencia que el poderío real absoluto considera necesaria para mantener su autoridad. La escena se desarrolla en un ambiente de riqueza exagerada que contrasta con la miseria del pueblo diezmado periódicamente por el hambre y las epidemias.

Los últimos años de Rey Sol son tristes: Mme. de Maitenon, la taimada viuda del cínico Scarron, mantiene bajo su férrea voluntad al antes voluble monarca y un velo de tristeza, de beatería, oscurece las telas y apaga el brillo de las joyas; todo es gris, marrón, violeta, negro.

Pero la reacción es enérgica. Iniciada bajo el alegre y corrompido gobierno de la Regencia, adquiere un florecimiento inaudito al advenimiento del joven Luis XV.

Es el estilo Pompadour, el estilo Watteau, el estilo Luis XV, con sus formas rebuscadas, sus colores claros, delicados, desvanecidos casi, su incomparable elegancia tan adecuada a un ambiente de erotismo refinado, de amables intrigas, de jóvenes abates y gallardos cortesanos.

El guarda infante existe aún, pero ¡cuán modificado! Se le ha estrechado, ha perdido su rigidez y a ambos lados rompiendo su línea se levantan los elegantes "paniers" cuya resurrección pareció anunciarse hace algunos años.

El corpiño se ha flexibilizado; hacia atrás cae graciosamente de la espalda, para confundirse con los "paniers" el elegantísimo "pliegue Watteau".

Ideas, literatura, trajes, artes puras y decorativas,

todo parece contribuir, empujar vertiginosamente a un colectivo embarque de toda la sociedad elegante a la Isla Citerea.

A este período tan interesante, en el que la sociedad, minada por el escepticismo y la duda, se lanzaba al vértigo de los placeres, sin darse cuenta de la ruda tempestad que implacablemente estallaría el 14 de Julio de 1789, corresponde al auge de las pelucas y sobre todo de los peinados inverosímiles. La imaginación de los peluqueros creaba edificios capilares como el "grand pouf" que necesitaban varios días para terminarse, infligiendo a sus portadoras tormentos que no presintió Dante en su "Inferno" ni Mirbeau en el "Jardín des Supplices".

Cualquier incidente, un libro, una pieza de teatro, un hecho de armas, era pretexto para inventar un nuevo peinado.

¿Quieren ustedes un ejemplo?

La escuadra francesa, en una feliz incursión por las costas de Inglaterra, apresó un crecido número de buques mercantes cargados de valiosas mercaderías.

Grande fué la emoción en Francia, pues ya eran visibles los signos de decadencia militar.

Del fausto acontecimiento se apoderó la moda y nació el monumental peinado a la "Fragata".

No deben, pues, extrañarse que la caricatura se fijara en esas aberraciones, y encontrara fácil cosecha para sus concepciones satíricas.

Sin embargo, en esta época de extravagancias, en un país que nunca pretendió el cetro de la elegancia femenina (Inglaterra) dominaba entonces una moda de alto valor estético, que ha sido inmortalizada por los pintores ingleses de la segunda mitad del siglo XVIII. Reynolds, Gainsborough, Romney, nos han dejado el imborrable recuerdo gráfico de atavíos que

tan hermosamente hacen resaltar la soñadora belleza de sus rubias contemporáneas.

Más tarde, con Luis XVI, y sobre todo, con la austriaca María Antonieta, la moda se bifurca; para las ceremonias oficiales rige una etiqueta severa; para la intimidad se forja una vida artificial, con pretensiones a la égloga. Es entonces que en el marco pintoresco de la aldehuela de Trianón, entre el presbiterio y la vaquería, reflejan sus trajes de raso y sus empolvadas pelucas, pastores y pastoras a la Florian, recitando bucólicos poemas, con los que una sociedad en plena decadencia quería darse la ilusión de una ingenua Edad de Oro

---

Estalla la Revolución francesa. La frívola sociedad aristocrática es dispersada a todos los vientos; parte de ella vive oscuramente en la emigración, y Londres, Amberes, Coblentz, ven pasar en raídos trajes a los más sonados nombres de la Corte de María Antonieta; otros, los menos, han pagado con su vida la audacia, la ciega confianza o la fidelidad.

Durante varios años la única preocupación es conservar la cabeza adherida al cuerpo: la guillotina tiene apetito.

Ser elegante es un delito, no hay tiempo para pequeñeces; la patria está en peligro, y no se concibe que mientras los catorce ejércitos que sucesivamente la Convención lanza sobre la Europa monárquica coaligada, van de victoria en victoria, gloriosamente harapientos, nadie pueda disponer de tiempo para dijes y fruslerías.

Los melifluos madrigales murmurados en la sombra perfumada y discreta de los *boudoirs*, han sido susti-

tuídos por una canción vibrante, entusiasta, vengadora. Rouget de l'Isle en un momento de inspiración, ha condensado en breves frases musicales, cuya viril versificación subrayan, la ardiente aspiración de un pueblo sediento de libertad y acorralado por la furiosa jauría de la futura Santa Alianza.

Aux armes, citoyens!, es el grito imponente que después de poner una valla infranqueable a las monarquías absolutas, pasea, inmortalizándola con la gloria de cien victorias, la bandera tricolor, mensajera de libertad. Sus ecos alcanzan hasta esta lejana América, semilla fecunda, que conmoviendo la soñolienta alma colonial, la iniciará en el conocimiento de sus grandes destinos; despierta en ella ansias de emancipación que pronto habrán de abrirse paso en forma incontrastable con el formidable movimiento americano, cuya primera chispa fué el Cabildo abierto de Montevideo, y su más pura personificación nuestro patriarca Artigas!

Pero termina la época del terror. Robespierre cae y con él todo un sistema; la reacción termidoriana se venga de la austeridad montañesa. Una lluvia de oro escapada de las manos de Barras y compinches, fecundiza la imaginación de los modistos, y bajo la influencia ya visible del neo-clasicismo Davidiano, la moda toma los caracteres de una resurección greco-romana. Estamos en pleno Directorio.

Una pléyade de mujeres hermosas, espirituales y elegantes abre sus salones y prodiga sus encantos. Las *merveilleuses* lucen sus *toilettes* ultra ligeras, y madame Tallien se atreve a rasgar su túnica hasta

el muslo, dando el diapasón de una moda tan osada como provocativa.

Moda era ésta que sólo podían afrontar las mujeres de formas impecables; a la vez las condiciones de clima, tan distintas de las de Grecia, en breve hicieron desaparecer tales libertades suntuarias.

El Imperio napoleónico no hizo sino acentuar la tendencia al clasicismo. David era el verdadero maestro de ceremonias del corso Emperador. Tapices, muebles, alhajas, trajes, todo es dibujado por él y lleva el sello de Majestad Romana, que Napoleón quería darle a la nobleza surgida alrededor de su trono demasiado nuevo. Si en la intimidad hay cierta sencillez, en cambio, en las fiestas, de las que la coronación en Notre Dame fué el prototipo, el estilo "Imperio" brilla con su esplendor máximo.

Una época como ésta, ocupada hasta el exceso por la gloria guerrera, tenía que inspirarse a menudo en objetos militares, y así se vieron turbantes musulmanes, shaposkas polacos, cascos y morriones coronar cabecitas frívolas; levitas y vitchouras recargadas de pieles envolver los mismos cuerpos que pocos años antes se exhibían, mal cubiertos por tules y muselinas.

Con esas toilettes, en saloncitos cuya decoración quería recordar la recién descubierta sinfonía de los interiores pompeyanos, las bellezas de entonces recibían los homenajes de los gallardos sableadores imperiales, impacientes entre dos victorias por repetir la fábula de Hércules hilando a los pies de Onphalia

---

Mientras Napoleón, que en todo quería intervenir, dictaba reglas a los modistos entre una proclama y un tratado, muy cerca de Francia, en la mística y

recatada España, la moda tomaba caracteres propios que han durado con pocas modificaciones, casi tres cuartos de siglo.

¡Qué puede personificar mejor esa moda que la mantilla, ligero encaje que enmarca tan armoniosamente la expresiva fisonomía de la mujer española!

Goya, el incomparable artista, continuador de Velázquez, y precursor de Zuloaga, Goya, que con su pincel habilísimo y vigoroso buril inmortalizó en lienzos y aguas fuertes inolvidables todo cuanto vivía a su alrededor; Goya, el diabólico dibujante de los "Caprichos", tiene en su haber numerosos retratos de contemporáneas, ataviadas salerosamente con la mantilla y el peinetón.

Uno de los más hermosos, tal vez el más hermoso después de los de "La maja vestida" y "La maja desnuda" del Museo del Prado, considero el de doña Isabel Cobos de Porcel, que pude admirar en la Galería Nacional de Londres.

Lo raro de los cabellos rubios en una española, no desnaturaliza por cierto el tipo: los grandes ojos, la nariz recta de batientes alas, la boca sensual y apetitosa, la gallarda apostura, la expresión curiosa y atrevida a la vez, de todo el conjunto, inmortalizan una moda nacional.

Es esa misma moda que dió realce después a la hermosura de las elegantes damas que danzaban el *minué* en los *saraos* ofrecidos a la alta sociedad montevideana por el ilustre Presidente Rivera, tan atrevido y feliz en las empresas galantes como audaz y valiente en los entreveros guerreros.

La mantilla, prenda obligada en Chile y Perú para asistir a las funciones religiosas, es hoy sólo llevada en España por la alta sociedad, en la más genuina y característica fiesta española, la corrida de toros. Es

allí donde su verdadero torneo de gracia y donosura, la grave castellana, la ardiente andaluza y la arrogante aragonesa, dan al espectáculo brutal un marco incomparable que reposa las miradas de las sangrientas escenas del redondel.

¡Cómo no citar el mantón de Manila, prenda rutilante de luz y de color, que ciñendo las formas de la madrileña, o azotando el aire con sus largos flecos, parece atrevidamente solicitar la alfombra de capas y sombreros con que chulos y chisperos salpicaban el paso de las majas y manolas del Barrio de Lavapiés!

AUGUSTO TUBENNE.

(*Concluirá*).

EL ARBOL

(De *Emile Verhaeren*).

Completamente solo,
que lo agite el invierno o el estío lo meza,
que se escarche su tronco
o con verdes ramajes aparezca,
siempre, tras de los días
del odio o la ternura,
se impone con su vida,
enorme y soberana, a las llanuras.

Desde cientos y cientos de años,
mira los mismos campos,
y las mismas labores y los mismos sembrados;
los ojos hoy muertos, los ojos
de los abuelos más remotos,
pudieron contemplar, punto por punto,
su corteza anudarse
así como sus rudos
ramajes.

Presidía, tranquilo y fuerte sus trabajos;
les ofrecía su pie velludo
lecho de musgo;
resguardaba la siesta en mediodías cálidos
y fué dulce su sombra
a sus hijos que uniéronse en idílicas horas.

Desde el amanecer, en las aldeas,
según cante o llore, ya se augura el tiempo;
está en el secreto
de las nubes violentas
y del sol disgustado
en horizontes llenos de latencias;
erguido en medio de los campos
es todo lo pasado;
pero sean cuáles fuesen los recuerdos
que en su bosque se guardan
desde que termina enero
y que la savia se expande dentro de su tronco viejo,
con el haz de los retoños y el manojo de las ramas,
—labios locos y brazos retorcidos—
lanza un grito,
inmensamente, al porvenir tendido.

Entonces, con rayos
de luz y lluvia fija los tejidos
de hojas temblorosas, alisa las ramas,
contrae los nudos, empuja en el cielo vencido
su frente cada vez más alta;
y tan lejos proyecta
las raíces porosas
que el pantano agota
y agota las próximas tierras.
De repente,
con asombro se detiene
por su trabajo,
mudo,
profundo,
encarnizado.

Pero para expandirse y reinar con su fuerza,
¡oh, cuántas luchas tuvo que afrontar en invierno!

Las espadas del viento
al través la corteza,
del huracán los choques, las cóleras del aire,
la escarcha semejante
a limaduras ásperas;
todo el odio y toda la batalla,
los granizos del Este y las nieves del Norte,
la helada blanca y tétrica, con dientes mordedores
del alburno que es amplia madeja de las fibras,
le hace mal que retuerce y es dolor con que vibra,
sin que un solo instante, en una
ocasión, su energía disminuya
en anhelar firmemente, llegue cada vez más bella
la primavera.

Cuando triunfa, en octubre, el oro en sus follajes,
mis pasos, todavía extensos, mas pesados,
frecuentemente hicieron largo peregrinaje
a ese árbol que el Otoño y el viento atravesaron.
Cual brasero gigante de hojas y de llamas,
bajo el azul del cielo, tranquilo se elevaba,
pareciendo habitado por un millón de almas
que en su ramaje hueco dulcemente cantaban

Iba hacia él, los ojos llenos de luz. Mis dedos,
mis manos lo tocaban. Sentía el movimiento
sobrehumano, enorme, que agitaba su cuerpo
y mi pecho bestial sobre él se apoyaba
con tal amor, con tal fervor,
que su ritmo profundo y su fuerza apretada
me penetraban hasta dentro del corazón.
Estaba mezclado entonces a su vida bella y amplia:
con él me encontraba unido como una de sus ramas;
entre esplendor, él se erguía como magnífico ejemplo;
y yo amaba más ardientemente las aguas, el cielo,
los bosques, el llano inmenso, por donde las nubes pasan.

De firmeza estaba armado
contra el destino. Mis brazos
deseaban sostener todo el espacio
Mis músculos y mis nervios
me aligeraban el cuerpo.
Y yo gritaba:
"La fuerza es santa".

Es necesario que el hombre imprima violentamente
las huellas en sus propósitos audaces Ella posee
las llaves de paraísos Su puño abre las puertas
Frenéticamente, yo besaba el tronco con nudos
y, cuando del firmamento se desprendía la tarde
me perdía en la campaña muerta. Hacia cualquier punto
encaminaba los pasos, siempre adelante. Y lo hondo
de mi corazón lanzaba gritos, mi corazón loco.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

LOS INDÍGENAS

Uno de los capítulos que nuestro co-director Pablo de Grecia escribió en colaboración con el Dr. J. M. Fernández Saldaña para la obra «Historia General de la Ciudad y Departamento del Salto»,—premiada por el Ateneo de esta ciudad y que aparecerá en breve bajo el auspicio del Ministerio de Instrucción Pública.

Sin gran esfuerzo de imaginación, podemos figurarnos lo que era la región salteña en los días lejanos de la conquista: gran escenario de mil aspectos distintos, quiebras y llanuras, bosques y cerros, ríos y arroyos, cursos paulatinos de agua mansa, torrentes que se despeñan entre rocas, desdoblando las luces del iris en fugaces prismas; y en medio de esa naturaleza, cambiante al cuádruple influjo de las estaciones una fauna múltiple poblando aire, agua y tierra; poca magnificencia, eso sí; ejemplares degenerados por lo común, débiles, inadaptados casi, una que otra fiera bravía, jaguares como gatos y pumas no más grandes que perros; y frente a esa naturaleza, el hombre en su pristina condición salvaje.

Los primeros cronistas no dejaron un retrato exacto del indio; y el autor de "La Argentina", dijo cosas que hacen sonreir en su ingenua epopeya. Toda la fábula de crueldades fieras que la dudosa buena fe de los primeros historiógrafos forjó, se ha disipado con el tiempo. En aquellas épocas de mitología, la arro-

gancia aventurera se bruñó con palmas de oro heroico. Era preciso para elevar el nivel épico de la conquista y justificar, al propio tiempo, la crueldad excesiva de la empresa, exhibir al aborigen en su condición primera de bestia en exacta concomitancia con una psicología de garra y dentellada. Arrancarlo a su aduar pacífico de edad de piedra para sumirlo en el fondo lóbrego de la guarida.

Pero la moderna etnología, auxiliada por el documento vivo y palpitante, ha podido fijar al platino su psíquis toda instinto y su moralidad sencilla y rústica. Incontaminado vivió penosamente en la humildad de su toldería; sorprendido en su sueño de tiniebla por la rapacidad del intruso, su alma acogió, con plasticidades de arcilla, el férreo guantelete del alma española; y si el vicio de la crápula arraigó, como en campo de sembradura, en su simple mentalidad de niño, la virtud y la piedad dieron también su fruto generoso en aquella noche de varios siglos que media entre el descubrimiento y el alba de Mayo.

Mas no exageremos; no nos dejemos llevar por un patriotismo retrospectivo; por huir de una fábula, no rodemos de bruces en otra. Es preciso ser justos; si la crónica desfiguró los hechos a punto de hacer de ellos una caricatura macabra, la leyenda romántica trocó las tintas, modificando lo más sustantivo de la raza. La poesía del indio fué producto de la imaginación, y el cuadro tiene en realidad, luces más ásperas

En efecto, nada más vulgar, más antiestético que aquel primer habitante de la comarca. Cutis rojo-negro, ojos de expresión animal, nariz estrecha y chata, cabellos sucios, boca grande, sin una sonrisa...; su presencia antihigiénica contrariaba el moderado olfato de los conquistadores, habituados al tufo de las tripulaciones y a la emanación agria de las bodegas.

El Tabaré del poeta, es más que una ficción. Estos seres estaban encadenados al instinto, marchaban en bandas como los lobos, bajo la mirada de bronce de los más fuertes; su conversación era monosilábica casi; a golpes de puño, a pedradas y a flechazos dirimían sus querellas originadas por el hambre o el sexo. La conquista los sorprendió a la aurora, como quien dice, y la revolución los encontró en su ocaso. Tal la agrupación indígena uruguaya, humilde vástago de la gran familia guaranítica, sobre la cual el idealismo de casi todos ha puesto el halo poético de la gesta.

La causa de la emancipación la contó en sus filas, y su empuje bravo, orientado benéficamente, dió a las caballerías de la patria más de una bella lanza. Indisciplinada por temperamento, era carne de montoneras, y apenas si conoció el freno de los regimientos regulares Con todo, dió su sangre inconsciente y se prodigó sin tasa en los encuentros. Ni el látigo de los inviernos, ni el bochorno de los mediodías quebraron su viril ensambladura, y alerta siempre sobre el lomo de sus baguales, hombre centauro, cabalgó entre el trueno enemigo, lanza en ristre, como los viejos paladines de antaño.

Siguió paso a paso al Libertador. En la carga épica de Las Piedras, entre el fragor de la arcabucería y de la metralla, zigzagueó como una hoz, razando las infanterías en cuadro y los pelotones en fuga. La invasión portuguesa lo halló en India Muerta, donde se desangró la patria, conteniendo a sable y lanza a los veteranos de las campañas continentales; en Catalán, resistió como un malecón las olas de fuego lusitanas; y en Santa María, sumó su sangre heroica a la heroica sangre criolla, rompiendo por un instante la noche fatal de la causa...

Mucho habría que añadir a la página homérida del indio; razonable fuera no olvidar la sorpresa del Rincón, ni la recia sableada de Sarandí, ni la cabalgata de relieves imperiales de las Misiones... Pero todo eso, si bien es historia nuestra, no corresponde a la índole de esta monografía.

Los primitivos habitantes de lo que hoy constituye el Departamento, fueron los bohanés, sobre cuyas características étnicas poco se sabe. Pequeña colonia dispersada a lo largo del Norte fluvial uruguayo, hubo de recibir el choque de la tribu charrúa, desalojada del Sur a fines del siglo XVII, por españoles, portugueses, faeneros y piratas. Sufrió, asimismo, el empuje de las escuadrillas españolas que el gobernador García Ros enviara para su exterminio. (Principios del siglo XVIII).

Aliados forzosos de los charrúas en tal contingencia, su sangre se precipitó, confundiéndose, en el mayor cauce de esa extirpe brava.

Su idioma, que según Azara, difería del de las demás tribus, debió correr idéntica suerte que su sangre, enriqueciendo el escaso léxico de los vencedores

El siglo XVIII vió, pues, sobre los aduares y paraderos bohanés, una raza más fuerte y numerosa, la raza charrúa, cuyas correrías legendarias fueron terror de civilizados e indios mansos. Su espíritu turbulento y su recio músculo de batalla, trazó repetidas veces, bárbaras trayectorias de exterminio. Entre un ciclón de cascos y de gritos de guerra cargaba el empelotonado enjambre indio, brazos al aire y greñas al viento, como una nube despidiendo dardos, y era imposible resistir el brío homicida de las tacuaras, o esquivar el giro ondeante de las boleadoras...

El Salto sufrió varias veces el desenfreno feroz de estas hordas. Isabel Barú, india cristiana, evocaba no ha mucho, las escenas de horror que presenció en los comienzos del siglo pasado

Después de la conquista de las Misiones, el indiaje regional que había engrosado los ejércitos de la patria, tornó a sus viejos lares, amansado por la disciplina y el temor, y con él vinieron indios misioneros, tal vez los mismos que acompañaron en sus empresas heroicas a Andrés Guacarari y Artigas, bronce de epopeya.

Junto a los muros de la naciente villa, en las márgenes de los riachos o a orillas del Uruguay, moró ese último resto de las tribus regionales, alma de revueltas, sombra de caudillos, que dispersó finalmente la guerra civil a los cuatro horizontes de la patria.

CÉSAR MIFANDA.

LOS ARADOS

Los arados van y vienen;
pasos lerdos de los bueyes,
pasos lerdos de los hombres;
los arados van y vienen.

Van y vienen arañando
la corteza de la tierra
van y vienen los arados
y la tierra húmeda y negra
va encrespándose de a trechos.

Los primeros que dialogan
con la virgen tierra negra;
los primeros en hablarle
de un futuro sonriente .

Los arados van y vienen,
y son manos que la exitan,
y son uñas que acarician,
y son dientes que la muerden,
y son dedos que se hunden!...

(Las caricias del arado
están plenas de lujuria.
El sol lanza desde el cielo
a las doce, su gran beso...
Con su fuego, se diría
que fornica con la tierra.)

ENRIQUE M. AMORÍM.

Buenos Aires.

LA ASTRONOMÍA EN LA CIENCIA

Su evolución a través del tiempo

Por una amable atención de su autor, «Pegaso» tiene el agrado de adelantar a sus lectores este interesantísimo capítulo del trabajo presentado a la Universidad en el concurso de Cosmografía por el Sr. Alberto Reyes Thevenet.— Se trata de unas páginas de verdadero mérito que, recopiladas y anotadas, se publicarán en libro dentro de pocos días.

La ciencia moderna es hija de la Astronomía; ella ha descendido del Cielo a la Tierra a lo largo del plano inclinado de Galileo.

Bergson. «L'Evolution Créatrice».

Las clasificaciones universalmente conocidas de las ciencias, — que figuran en todos los textos de lógica, — desde las de Platón y Aristóteles hasta las de Comte y Spencer, asignan todas a la Astronomía un lugar preponderante y fundamental en el orden de adquisición y trascendencia de los conocimientos humanos.

Especulativa en la clasificación aristotélica, cosmológica en la de Ampére, concreta y fundamental en la división positiva y en la de Spencer, tuvo, también, la Astronomía hasta en el plan científico, grosero y primitivo de la Edad Media, un reservado lugar en el "Quadrivium", en unión de la Aritmética, de la Geo-

metría y de la Música; y muchos siglos antes todavía aparece integrando el plan de la dialéctica, como puede verse en el diálogo platónico de Sócrates y Glaucón.—

Sus orígenes históricos entroncan con los orígenes mismos de toda ciencia positiva, en la antigüedad más remota, donde ya una astronomía primitiva y fantástica, sirve de base a todos los sistemas religiosos y a las bizarras cosmogonías de las antiguas teocracias orientales. De hecho, sólo se incorpora a la civilización de occidente como ciencia puramente popular y práctica muchos siglos antes de nuestra era, luego de haber alcanzado un esplendor eminente en las viejas ciudades de Asiria y de Caldea, en Nínive y Babilonia. Todos los grandes historiadores astronómicos — Laplace, Delambre, Biot, Bailly, — concuerdan en afirmar que las primeras observaciones celestes las hicieron los astrónomos caldeos para resolver los dos problemas cuya solución inmediata impone al hombre el estudio del cielo: la determinación y división del tiempo y la necesidad de predecir, para los trabajos de la agricultura, la época de las estaciones y determinar el tiempo de su regreso (1). Accesoriamente, también, esta necesidad se acentuaba entre los pueblos de navegantes, los Fenicios, por ejemplo, que vieron en las constelaciones la manera de orientar la ruta de sus barcos con la sola observación de las estrellas. Entre los egipcios, la observación del orto heliaco de Sirio daba un medio práctico y seguro de predecir la inundación del Nilo sobre las llanuras del Delta.

Pero la Astronomía, nacida en todas partes, permaneció donde quiera imperfecta y en la infancia.

Es necesario llegar hasta los tiempos de Grecia para encontrar una ciencia positiva, razonada y metódica,

(1) La ciencia de las estrellas, afirma Secchi, tuvo su cuna en las planicies de Senaar.

fundamentada desde sus comienzos en la observación inteligente y profunda de los fenómenos naturales, que la hace por esto mismo triunfar del carácter fabuloso y mítico con que aparece rodeada en la época de los pastores de Caldea o de los sacerdotes egipcios y más recientemente todavía, en tiempos de los arúspices romanos y del arte adivinatoria del medioevo.

El nacimiento de la Astronomía matemática, tal como la concebimos actualmente, tiene su cuna en el libre suelo de Grecia. (1) Pitágoras y Platón con sus hipótesis astronómicas sobre la constitución del Cosmos, la armonía de las esferas celestes y la intuición genial del verdadero y racional sistema del mundo; Metón, excitando el entusiasmo de sus conciudadanos con la invención de su famoso Ciclo Lunar, que los Arcontes mandaron grabar con letras de oro en el pedestal de los monumentos públicos; Eudoxio, ideando el sistema de las esferas homocéntricas que es un prodigio de elegancia y sutileza geométricas, y que serviría de base más tarde a la constitución de Aristóteles; Hiparco, con su bella serie de descubrimientos y observaciones que Plinio el viejo considera como digna de un Dios; Aristarco de Samos, centrando en el Sol el movimiento de traslación de la Tierra y los Planetas, como antes la Escuela Pitagórica y después el genio de Copérnico; Ptolomeo, llamado "el divino" por sus contemporáneos, perfeccionando las teorías antiguas y revelando, — a pesar de su proselitismo aristotélico en el dogma geocéntrico de la inmovilidad, — un genio avasallador y profundo que ha facilitado con sus preciosas investigaciones, consignadas en el "Almagesto", los progresos de la Astronomía moderna; las viejas Escuelas de Jonia y de Crotona, la Academia.

(1) *Bigourdan.* "L'Astronomie". — Lib Flammarion, pág. 266 y sig. 1913; y *Duhem,* "Le Système du Monde".

las Escuelas Peripatética y de Alejandría en que floreció la edad de oro de la Astronomía antigua; todos esos nombres, esas Escuelas, esos sistemas, dicen mucho más elocuentemente que nada, cuál ha sido el aporte de conocimientos y de sabiduría que "el milagro griego" ha traído al acervo común de la civilización y de la ciencia, en el vasto campo de la Astronomía.

Pasa después, sin dejar huella profunda, la época romana.

Viene luego el vasto silencio de la Edad Media.

Pero un pueblo recoge, por fortuna, la herencia astronómica de los griegos y favorecido por la potencia de sus califas (1) traduce, en la Isla de Chipre, los tesoros literarios de Alejandría y de Atenas; vigila en la noche los silenciosos movimientos de los astros y funda sobre la base de la ciencia helénica, los Observatorios y las Escuelas astronómicas de Bagdad, de Damasco y del Cairo, tendiendo así sobre el Mediterráneo como un puente de ideas entre dos civilizaciones y diez y siete siglos de distancia, entre la Grecia de Pericles y la España de Alfonso el Sabio. (2)

Y por último viene la profunda influencia que la Astronomía ejerce en la época moderna sobre toda la ciencia en general. En el orden puramente especulativo, nada hay comparable a la revolución ocasionada por el descubrimiento de Copérnico del verdadero sistema heliocéntrico; (3) y la nueva y atrevida concepción del sistema del mundo, que surge como resultado de sus geniales "meditaciones", destruyó, de un

(1) Al Mamoún (814 a 833) estipuló, en un tratado de paz, que habían de proporcionársele toda clase de libros griegos. Hizo traducir *La gran composición matemática de Ptolomeo.*

(2) Véase: *F. Hoefer.* Histoire de l'Astronomie. Lib. Hachette, 1873. París.

(3) *Höffding.* Historia de la Filosofía Moderna. Ed. española 1907, pág. 112.

solo golpe, todo el bloque escolástico del mundo aristotélico medioeval. Es interminable la serie de conquistas que para gloria del pensamiento humano realizan los astrónomos de los siglos XVI y XVII, y que forman, en conjunto, según la hermosa expresión de Sageret, (1) un edificio armonioso en que la belleza se refleja a la vez sobre el Universo y el espíritu. Es un vuelco completo en la esencia, en la concepción, en el método de la ciencia antigua el que se opera a raíz de los descubrimientos de Kepler, de Galileo y de Newton en la Astronomía, en la Física, en la Mecánica y en todas las ciencias naturales. La idea de *relación*, de relaciones constantes entre magnitudes variables, que la ciencia moderna adopta como fundamento de su concepción analítica, nos viene primitivamente de Kepler, concretada, "por cálculos casi divinos", en una ley astronómica que Bergson (2) clasifica como "el tipo mismo del conocimiento científico tal como lo entendemos hoy en día". Y lo propio puede decirse de la ley de Galileo sobre la aceleración constante de los graves que caen. Y lo mismo de la ley de Newton, " que ha concentrado en una fórmula que cabe en el " hueco de una mano, todos los movimientos del " Universo". (3)

Estas leyes naturales, — tan universales, tan ineludibles que la nueva Astronomía se ha encargado de comprobar su existencia hasta en las órbitas de las estrellas dobles, — son la mayor conquista del espíritu moderno, porque ellas permiten resolver con el lenguaje abstracto del análisis matemático, la mayor

(1) *Sageret*. "Le Système du Monde". Libr. Félix Alcan, 1913, pág. 3.

(2) *Bergson*. "L'Evolution Créatrice". "Méeanisme et conceptualisme". La Science Moderne, pág. 360. L. Félix Alcan, 1917.

(3) *Fouillée*. L'Enseignement au point de vue national.

parte de las analogías íntimas de las cosas y la misma armonía interna del mundo, que es, como hacer ver Poincaré en un libro admirable, "la única realidad objetiva verdadera". (1) Y esta gran conquista de la ley, que es, en último término, el fin fundamental de la ciencia, se la debemos a la Astronomía, afirma el sabio Profesor de la Sorbona, y constituye por sí sola, la grandeza de esta ciencia, mayor aún que la grandeza material de los objetos que considera. En este sentido son, además, conceptos definitivos que la ciencia ha visto incorporados a su seno por el espíritu astronómico, porque a pesar de los intentos modernos para modificarlos, nada permite asegurar, por ahora, que pueda llegarse, un día, a una aproximación más exacta que a la relación sequialtera (media aritmética entre 1 y 2) de la ley armónica de Kepler, ni que puedan ser alterados, tampoco, los términos precisos de la fórmula newtoniana por las modernas teorías de la gravitación luminosa (2) y de la "Relatividad" (3), a pesar de que éstas dan cuenta perfecta de la famosa anomalía en el perihelio de Mercurio. (4)

Y estas ideas sobre las leyes de la Naturaleza que han echado abajo para siempre el antiguo concepto del mundo antropomórfico, son el gran resultado, dice Renán en su obra "L'Avenir de la Science" (5) de las ciencias físicas; "no de tal o cual experimento, si-

(1) *Poincaré*. La Valeur de la Science.

(2) *F. Enriques*. "Les concepts fondamentaux de la Science". Lib. Er. Flammarion, París, 1913.

(3) "Bulletín de la Société Astronomique de France". 1917.

(4) Véase: *Poincaré* "Science et Méthode. La Mécanique Nouvelle et l'Astronomie". Lib. Flammarion. París.

(5) *Ernest Renán*. "L'Avenir de la Science". Tomo II. Ed. Calman. Lévy, París.

" no de un modo de inducción muy general resultante
" de la fisonomía general de los fenómenos. Es indu-
" dable que la Astronomía, al revelar al hombre la es-
" tructura del Universo, la categoría y la posición de
" la Tierra, el orden que ocupa en el sistema del mun
" do, ha hecho más para la verdadera ciencia del hom-
" bre, que todas las especulaciones imaginables fun-
" dadas en la consideración exclusiva de la Naturale-
" za humana. "

Es imprescindible citar, en este punto, el inmenso apoyo que el criterio astronómico ha dado al fundamento de la Filosofía positiva al sustituir al dualismo ficticio del Cielo y de la Tierra, el dualismo real del Universo y del Mundo, y que ha permitido, mejor que el de ninguna otra ciencia, la enunciación de la gran ley de Comte (1) que afirma "que cada rama de los
" conocimientos humanos ha pasado, en su evolución
" progresiva, de las ideas y métodos teológicos a las
" ideas y métodos metafísicos, para encaminarse de-
" finitivamente en la vía de las ideas y métodos po-
" sitivos. Y, precisamente, observa el gran filósofo
" positivista, el espíritu positivo ha comenzado su
" acción triunfante contra el método teológico por la
" unión de los fenómenos astronómicos a los de las
" otras ciencias de mi plan enciclopédico; por la ac
" ción combinada de los preceptos de Bacon, de las
" concepciones de Descartes y de los descubrimientos
" de Galileo " (2)

A partir del Renacimiento, la Astronomía, — que

(1) *Auguste Comte*, "Philosophie Positive". Tomo I Lib. Ernest Flammarion, París.

(2) "Es por la Astronomía que el espíritu positivo ha comenzado a introducirse en Filosofía, después de haber sido desenvuelto por la Matemática". *Comte*. Loc. cit. Tomo II, página 13.

sigue una marcha paralela a la de la Anatomía, desde Galeno a Vesali — alcanza límites nunca superados: crea, para sustituir a la Cinemática antigua, una Dinámica nueva, complicada y simple a la vez, que trabajada por las manos de sus altos matemáticos, — Lagrange, Laplace, Gauss, Le Verrier, Tisserand — llega a establecer las definitivas teorías de los movimientos de los cuerpos del sistema solar y de las más sutiles perturbaciones de sus elementos; lo que le permite predecir, casi sin error sensible, las posiciones que ocuparán los astros en el cielo en épocas tan remotas como se quiera. (1) Se llega, así, por virtud de la Mecánica Celeste, a "conocer el porvenir" desde el punto de vista de los acontecimientos celestes y ésta maravillosa facultad de predicción bastaría para asegurarle, por sí sola, un rango prominente entre las ciencias puras, por la especie de potencia misteriosa que le acuerda.

No falta quien afirma que éstas especulaciones son inútiles para el progreso humano y que la importancia de una ciencia está medida por el valor práctico que tiene. ¿Qué puede importar al hombre que el Sol se desplace o no en el espacio o de que haya en él helium o hierro? ¿De qué puede servirnos la comprobación de que la luz sufre, también, según Einstein, atracción semejante a la materia? ¿Qué importa que Sirio esté compuesta de hidrógeno y Antarés de magnesio? Y, sin embargo, los más grandes astrónomos han discutido estas cuestiones con gravedad. Es que, como lo hace notar agudamente Le Dantec (2), no se sabe nunca lo que resultará de un descubrimiento en un dominio cual-

(1) La órbita de la Tierra ha sido calculada por Le Verrier para 200,000 años.

(2) Félix Le Dantec. "De l'Homme a la Science". Ed. E. Flammarion, pág. 27, París.

quiera y es por eso que nadie tiene el derecho de hablar de investigaciones inútiles.

El interés de la ciencia, por otra parte, como lo afirma Fouillée (1) está en su desinterés; la Mecánica ha derivado de una ciencia eminentemente desinteresada y especulativa: la Astronomía.

Pero aún cuando la importancia de una ciencia debiera medirse por el grado de utilidad o de servicios que hubiera aportado a la humanidad, (lo que para Laisant constituye un verdadero crimen intelectual), nada tiene que temer, desde ese punto de vista práctico, la Astronomía. (2) Ella ha obligado a Newton a crear el más poderoso instrumento matemático — el cálculo infinitesimal, — y ha conducido a Laplace a inventar la teoría del potencial, íntegramente aplicada hoy día a la electricidad. El Calendario, la hora, la Cronología, los grandes descubrimientos geográficos, la navegación, la Geodesia, deben todos sus elementos a la ciencia astronómica, a la obra de algunos lejanos soñadores que persiguieron pacientes y admirables investigaciones astronómicas en el seguro de sus rústicos observatorios, y que arrojaron al campo de la ciencia una simiente al parecer estéril, pero que llevaba en sus entrañas el secreto de una inmortal resurrección. Apollonius de Perga, al estudiar las propiedades de las secciones cónicas no pensaba en que ellas habían de servir, siglos más tarde, para descubrir las leyes que rigen los movimientos de los cuerpos del mundo solar.

Así como Newton, que escribiendo sus "Principios de la Filosofía Natural" no pensaba en los navegantes que debían utilizar, más tarde, una "Connaissance des Temps" construída según sus leyes de la gravitación universal. (1) Y así como el progreso de la navegación submarina, que es sabido se debe al empleo del compás giroscópico, aplicación inmediata del viejo principio de inercia y de las pacientes investigaciones científicas de Foucault destinadas solamente, sin ninguna mira utilitaria, a poner en evidencia el movimiento de rotación de la Tierra sobre un eje.

(1) Alfred Fouillée, "La Réforme de l'Enseignement par la Philosophie". — Lib. Colín, pág. 77. — París.

(2) Véase: *La Lande*, "Astronomie". Seconde édition. Tome II. Préface, Ed. Veuve Déaint, París 1771.

Es por eso que la Astronomía ha constituído el constante desvelo de la atención de los sabios de todos los tiempos. Con esta síntesis elevada y profunda, sobre la ciencia del cielo y su importancia filosófica, termina Laplace su inmortal "Exposición del Sistema del Mundo":

" La Astronomía, por la dignidad de su objeto y la
" perfección de sus teorías es el más bello monumento
" del espíritu humano, el título más noble de su inte-
" ligencia. Seducido por las ilusiones de sus sentidos
" y del amor propio, el hombre se ha mirado durante
" largo tiempo como el centro del movimiento de los
" astros, y su vano orgullo ha sido castigado por los
" temores que ellos le han inspirado. Al fin, varios si-
" glos de trabajos han hecho caer el velo que cubría a
" sus ojos el sistema del mundo. Entonces él se ha
" visto sobre un planeta casi imperceptible en el sis-
" tema solar, cuyo vasto extendido no es más que un
" punto insensible en la inmensidad del espacio. Los
" resultados sublimes a que lo ha conducido este des-
" cubrimiento, son bien propios para consolarlo del
" rango que ellos asignan a la Tierra, mostrándole
" su propia magnitud en la extrema pequeñez de la

(1) *Emile Picard*. "La Science Moderne et son état actuel". Lib. Flammarion, 1909.

" base que le ha servido para medir los cielos. Con-
" servemos con cuidado, aumentemos el depósito de
" estos altos conocimientos, las delicias de los seres
" pensantes. Ellos han prestado importantes servicios
" a la navegación y a la geografía, pero su más gran-
" de beneficio es haber disipado los temores produci-
" dos por los fenómenos celestes y destruído los erro-
" res nacidos de la ignorancia de nuestras verdaderas
" relaciones con la Naturaleza, errores y temores que
" renacerían prontamente si la antorcha de la ciencia
" se extinguiese algún día. " (1)

Vigorosa y bellamente destacada aparece en esta página final del gran astrónomo francés, la importancia fundamental de nuestra ciencia en la marcha general del pensamiento filosófico moderno.

Para completar este rápido esbozo que trazamos sobre la influencia y evolución de la Astronomía a través de las grandes épocas históricas, fuera menester ocuparse, todavía, de los magníficos progresos que en el orden físico y en el filosófico, ha realizado esta ciencia en los últimos tres siglos: del descubrimiento de Herschel con el perfeccionamiento siempre creciente de los medios ópticos; de los trabajos de Kant (1755) y de Laplace (1796) sobre el origen mecánico de la formación del Universo y del Mundo; considerar, en seguida, la introducción en la ciencia general de la idea de evolución que admite, a raíz de inesperados descubrimientos astronómicos, un cambio continuo y lento en la materia cósmica y que todos los cuerpos celestes son eminentemente evolutivos, en oposición a las nociones de catástrofes y revoluciones violentas

(1) *Laplace*. Oeuvres complètes publiées sous les auspices de l'Academie des Sciences. Tome sixième. "Exposition du Système du Monde". Page 486. Sixième édition, 1835.

admitidas por los sabios del siglo XVII; del descubrimiento del planeta teórico por Leverrier; ocuparse asimismo de la aplicación de la fotografía y del espectroscopio a los cielos, que causan el nacimiento de dos ramas nuevas de la ciencia; la fotometría y la astrospectroscopia, que dan cuenta de las dimensiones y de la constitución general del Universo con el estudio de la química del cielo y de la íntima vibración de la materia; (1) hablar, todavía, del apoyo científico que han tenido, gracias a esta ciencia, las modernas especulaciones sobre la pluralidad de los mundos habitados, (2) la degradación de la energía (3), el origen de la materia viva y de la universalidad de la vida, (4) etc.; pero un estudio más serio de estas grandes cuestiones esbozadas, nos llevaría demasiado lejos en nuestra exposición sumaria, bastando al objeto de nuestro elogio de la Astronomía, la sola enunciación de los grandes problemas que por su causa agitan a la inteligencia.

ALBERTO REYES THEVENET.

(1) Para llegar a la conclusión monista de la unidad cósmica, física y química, del Universo. *Haeckel*, "Los Enigmas del Universo". Colección Sempère. Tomo II, pág. 188, Valencia.

(2) *Flammarion*. "La pluralidad de los mundos habitados" Ed. española, 1873.

(3) *Bernard Brunhes*. "La Dégradation de l'Energie". — Lib. Flammarion. París.

(4) *Dastre*. "La Vie et la Mort". Bib. de Philosophie Scientifique.

SÚPLICA

Jesús, fuente de amor, de ternura y de fe:
¡Apaga con tu llanto nuestra sed!

Tú que en las almas pones un dulce, eterno afán
¡dadnos tu luminosa claridad!

En los ojos cansados de mirar al azul,
pon algo de tu sorprendente luz.

Pon en nuestra palabra aquel sabor de miel
que en la tuya gustó Jerusalén.

Ilumina las almas con tu dulce decir
y volverás a vernos junto a ti.

No nos culpes, Maestro, si en el rudo vaivén
hemos perdido aquella dulce fe.

Nunca te abandonamos, Maestro; fuiste tú
que nos diste el adiós desde la cruz.

Háznos de nuevo puros, con el alma inmortal,
con la alegría de poder llorar.

¡Vuelve a sentirte humano, perdona, sufre, y los
hombres serán contigo en amor y en dolor!

¡Y volveremos a creer en Dios!

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

Glosas del mes

Los puntos sobre las ies.

No hace mucho apoyábamos una protesta de Leopoldo Lugones dirigida contra quien, sin su consentimiento, había hecho en este país una edición popular de su obra agotada "Las Montañas del Oro".

Parecíanos un verdadero atentado a sus derechos de autor, y dando pávulo a su pedido—con lo cual, bueno es decirlo, pecábamos a nuestra vez de ignorancia y ligereza—exhortamos a los poderes de la República para que se tomaran urgentemente medidas tutelares de la propiedad intelectual.

El motivo se renueva ahora porque los descendientes del poeta Obligado, sintiéndose heridos por igual injusticia, han vuelto a clamar por esa laguna de la ley que los deja indefensos frente al saqueo de su sagrado patrimonio espiritual.

Es claro que la misma adhesión que manifestábamos por Lugones nos une a los herederos de Obligado; pero nos interesa vivamente destruir un falso concepto del autor de "Los Crepúsculos del Jardín", según el cual parecería ser que sólo en nuestro país "ese atentado goza de impunidad legal".

No hay actualmente, que sepamos, ninguna nación americana que proteja la propiedad literaria extranjera. Cualquier librero de la Argentina estaría tan libre de castigo haciendo una edición a su antojo de las obras de Rodó, como aquí está el que hizo la de "Las Montañas del Oro". Esta deficiencia es, pues, continental y no es, por lo tanto, sólo su "gallarda amiga la juventud uruguaya y la prensa honrada de este país" la que debe reprimir y apreciar "la infamia de ese despojo tolerado", sino todas las prensas y todas las juventudes americanas.

Pero hay más, todavía: estamos en condiciones de afirmar rotundamente que si existe algún país al que menos se le pueda reprochar ese abandono, es el nuestro; y si hay alguno culpable, es la Argentina.

En efecto: en 1910 se suscribió en Buenos Aires un convenio entre todos los países americanos sobre protección a la propiedad literaria. Las Cámaras uruguayas, en 1919, ratificaron dicho convenio, y el

instrumento de ratificación por parte del Presidente Brum fué entregado en septiembre del mismo año a la Cancillería Argentina.

Ahora bien; para que la Convención entre en vigor y proteja a los intelectuales argentinos es menester que sea ratificada por el Congreso de ese país. Ella, desde 1910, duerme el sueño de los bienaventurados en las carpetas del H. Senado Argentino, y he aquí que los autores doloridos de ese país, con un desconocimiento absoluto de los hechos, gritan contra la ausencia de "instrumento diplomático, ley, decreto o lo que sea", que en esta tierra permite editar clandestinamente sus obras!!

Es el caso, pues, de invitar a los escritores argentinos para que hagan ruido a fin de despertar de su letargo al H. Senado de su patria, dirigiéndole todas las saetas de sus legítimos enconos, no a nuestro país, que ha hecho en beneficio de la propiedad literaria todo lo que moral y legalmente puede hacer.

Revista de Revistas

Actualidad social

La revista "España" considera que "el Socialismo no es un descenso de civilización, como se imagina o simula creer la nesciencia ambiente, sino todo lo contrario: presupone una actitud específica para recoger en su regazo, y animar con nuevo calor humano, cuanto hay de noble y espiritualmente grande en la historia universal, añadiéndole su propia concepto de la justicia; lo cual quiere decir que el Socialismo ha de ser un nuevo tipo de civilización que supere a todos los sistemas sociales anteriores, no sólo en su doctrina ética, sino en todo linaje de creaciones y organizaciones ideales y prácticas". Por esta y otra larga serie de consideraciones, la revista "España" ha pedido a los intelectuales españoles que definan su actitud ante el Socialismo, para que "unidos a los obreros que quieren, vayan los técnicos que saben: el conocimiento y la orientación del brazo con la emoción y la voluntad".

Algunos intelectuales, pero muy pocos, han respondido ya a este llamado. Uno de ellos dice a este respecto que "en los intelectuales españoles persiste un espíritu rutinario, que se pone al margen de los apasionamientos colectivos. Predomina el tipo del intelectual doméstico, del hombre en posesión de una carrera que no ejerce sino para su provecho personalísimo, sin preocupación social".

Consideramos que entre nosotros abunda el mismo género de intelectuales y que, sin embargo,, en el momento grave porque atraviesa la humanidad no debe estar permitido a nadie que no tenga preocupaciones sociales y que no defina su actitud ante los gravísimos problemas colectivos. Al que no lo haga se le podría calificar con Leonhard Frank de "robusto, grosero y lamentable individuo".

Dice la misma revista que Ch. Lallemand ha presentado a la Academia de Ciencias de París su informe dando cuenta de la misión que el Gobierno francés encargó a Víctor Henri, "maitre de conferences" de la Sorbona, en Petrogrado y Moscú. De este informe se desprende que "el gobierno de los soviets ha sido espléndido, en general, con la ciencia. Se han concedido todos los créditos solici-

tados para obras científicas Mr. Henri dice que jamás había sido tan rica la ciencia rusa".

"El centro intelectual de la nueva Rusia es la Academia de Ciencias de Petrogrado, que ha tomado bajo su protección museos, laboratorios y facultades. Se ha constituído una gran comisión para el estudio de las riquezas y fuerzas de Rusia, que se compone de 33secciones, de las cuales 22 funcionan en Petrogrado y 11 en Moscú. Entre los nuevos institutos cita Mr Henri el Instituto de Química, el del Platino, en el que los sabios rusos han logrado encontrar el procedimiento secreto de la separación del platino y del iridium, que los alemanes mantenían oculto; un Instituto de materiales de construcción; otro de mejoramiento de razas lanares; otro dedicado al estudio de las tierras y los abonos. Funcionan también desde hace algunos meses institutos especiales del Radio, de Rayos X, de Optica teórica y aplicada, de Cristalografía, de Hidrología y del Trabajo. La Academia de Ciencias de Petrogrado ha emprendido una serie de estudios geodésicos y empezado la formación de una carta magnética de Rusia. Al Instituto de Pesas y Medidas se han agregado nuevos laboratorios. Antes de la guerra los sabios rusos publicaban sus trabajos en las revistas francesas, alemanas o inglesas. Hoy la Academia de Ciencias publica un Boletín redactado en ruso y en francés, donde verán la luz todos los trabajos de los hombres de ciencia rusos".

He ahí una obra de civilización importantísima, llevada a cabo con toda generosidad y con espíritu de sistematización admirable por el gobierno de los soviets de todas las Rusias. Ella es, en verdad, una enseñanza y un ejemplo.—**A. B.**

Bibliográficas

Entre los pastos.—Novela por Víctor Pérez Petit.—Obra premiada en el concurso literario organizado por "El Plata" y la empresa Barreiro y C.ª

En realidad no podía inaugurarse de manera más sugestiva la "Biblioteca Antonio Barreiro y Ramos" que las poderosas empresas "El Plata" y Barreiro y C.ª han resuelto crear a base de concursos entre los autores nacionales.

Si la personalidad de Pérez Petit no tuviera ya la aureola de un sólido prestigio, esta obra bastaría para ensalzarla y para colocarlo a la altura de los pocos buenos novelistas americanos.

"Entre los pastos" es una obra realista, de altos valores históricos, literarios y psicológicos, desarrollada con arreglo a una técnica maestra, sobria en el lenguaje, intensa en la acción y, sobre todo, nuestra desde la primera hasta la última palabra.

El interés, que constituye el pilar básico de una novela y que los estilistas puros desdeñan con tan poca conciencia de la misión del arte, no decae un solo instante en la obra de Pérez Petit. Hay en ella capítulos, como aquel de la lagartija, y episodios como el de la muerte de Ciriaco Cruz, que bastan para revelar una garra. Los hechos se suceden sin artificios, sin rebuscamientos y tan naturalmente hilvanados, que no dejan traslucir el esfuerzo del artista para darles cohesión y unidad. Sin apartarse nunca del motivo fundamental, y antes bien, buscando su mayor relieve, matiza la narración con pinturas de nuestras costumbres y panoramas, y hasta entrando en el terreno épico, nos describe dos batallas de nuestras luchas civiles, con tan poderosos rasgos, por otra parte, y con tal escrupulosidad histórica, que las generaciones del porvenir podrán—leyendo este libro—darse una idea exacta de lo que fueron aquellos bárbaros entreveros, aquella manera gaucha de hacer la guerra, aquellos caudillos tan vehementes, que no titubeaban en posponer el éxito de una batalla al deseo de clavar su lanza en el corazón del caudillo rival...

Las figuras centrales de la novela, Juana de Dios y Baudilio—dos buenos muchachos que estuvieron a un paso de la felicidad y no supieron darlo por falta de intuición, lo cual, por sí solo, revela su

rusticidad espiritual—así como los personajes secundarios, Cruz, Margarito, Silvina, Don Carmelo, están admirablemente diseñados.

Una armonía perfecta existe entre sus acciones, sus palabras, sus pensamientos y el panorama bello, pero inculto, que los rodea, y al que, sin duda alguna, hay que atribuir un imperio avasallante, aunque silencioso. De este modo, el lector se los representa sin esfuerzo y a poco andar, adquiere el convencimiento de que no sólo está frente a seres de carne y hueso, sino de tipos representativos de una especie a quienes ha dado el fuego de la vida la mano de un artista.

Cualquiera que haya vivido un tiempo en la campaña conoce, por haberse codeado diariamente con ellas, a casi todas las figuras que desfilan por las páginas de "Entre los pastos": ramas de un árbol secular que la civilización va poco a poco desgajando, es cierto, pero, acaso también, lo único genuinamente nuestro y, por eso mismo, más atrayente para el artista que se sienta con fuerza para eternizarlo en el mármol, en la tela, en la estrofa o en el documento vivo de una novela o un drama.

Pérez Petit ha conseguido este objeto, ya que su obra hace ver claramente el alma de una especie en una época determinada: por eso hemos dicho que su novela tiene un gran valor histórico. Y lo verdaderamente sugestivo es que ha conseguido esta meta sin utilizar otros medios que el mostrar al desnudo la vida de sus personajes, dando más importancia a la acción que a la retórica; de tal modo, que una palabra, un ademán, dicen más que lo que pudieran decir mil frases estilizadas...—J. M. D.

El sionismo ante el nuevo concepto del derecho. — Estudio de Manuel Núñez Regueiro. — Rosario, 1920.

Este país debe estar grato a los que, como Núñez Regueiro, cumplen, junto con las tareas consulares, una amplia misión cultural en el extranjero. Pocas plumas tienen menor pereza y pocos intelectos más desinteresados cuando se trata de estudiar. Núñez Regueiro revela una asombrosa erudición, desperdigada en libros y folletos de la más diversa índole. Crítico en "Literatura uruguaya contemporánea"; sociólogo en "Hacia la grandeza nacional"; poeta en "Canto a la raza"; internacionalista en "La solidaridad americana", y filósofo—de recia envergadura—en "Conocimiento y creencia", la labor polimorfa del autor de "El sionismo ante el nuevo concepto del derecho", desconcierta un poco. Este breve y sustancioso volumen mal puede entusiasmarnos, desde que estudia una cuestión que poco o nada nos interesa. Sin embargo, leída la obra con el respeto que la grata personalidad del autor nos merece, no podemos por menos de confesar que hállanse de relieve en estas páginas la nobleza, la preparación y el talento de un espíritu generoso, digno de especiales consideraciones. — V. A. S.